

# REPERTORIO AMERICANO

QUINCENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. GARCÍA MONGE.

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, DOMINGO 1º DE MAYO DE 1921

Nº 18

## La Fiesta del Trabajo y el mito de Hércules

No fué un accidente la fijación del Primero de Mayo para celebrar la Fiesta del Trabajo. Mayo es la plenitud primaveral, y todos los pueblos han observado el culto del renacer de la madre tierra, de Ceres y Proserpina, deidades de la paz humana y del trabajo fecundo. El proletariado universal, al señalar para su fiesta el Primero de Mayo, recoge el mito, tan viejo como el hombre, sagrada reliquia de todas las civilizaciones, de la adoración de la tierra, otra vez preñada con los frutos más sabrosos y embellecida con las galas más amables; mito de perenne resurrección.

Pero este mito, uno de los básicos, con el mito solar, de todas las religiones y mitologías, se bifurca y engendra o enlaza con dos series de contrapuestas creaciones míticas. En una dirección hallamos Osiris, Adonis, Dionisio, dioses afeminados, de sexo impreciso, gratos a la humanidad femenina y victoriosos siempre en los pueblos y períodos de decadencia. En esta categoría habría que incluir al Cristo de mirar aterciopelado, facciones suavísimas y blondo cabello que han creado la leyenda y el arte. El Cristo del escultor Epstein<sup>(1)</sup> será, para la idea tradicional, todo lo irreverente que se quiera; pero esa figura enérgica, de mano grande y callosa y de musculatura desarrollada por el trabajo físico, es un intento de masculinización que sólo puede parecer mal a los adoradores de los dioses ambiguos. El Cristo clásico pudo satisfacer a los esclavos de Roma, poco hombres aún para exigir como derecho lo que se les ofrecía en nombre de la misericordia, la piedad y otras virtudes femeninas; pero cometen un error de psicología social los que hoy pretenden hacer del Cristo de la tradición el alma y guía del proletariado moderno. Sólo un Cristo como el de Epstein, varonil y arrogante, podría cumplir con esa misión de pastor de muchedumbres obreras.

Pero no es menester masculinizar a ningún dios. Antes del Cristo, los

viejos pueblos de Oriente, sobre todo Grecia, habían engendrado dioses y héroes en cuyas hazañas y sufrimientos se verá siempre representada la Humanidad más viril. Con el propio mito de Ceres se vincula el de Triptolemo, el héroe que recorre el mundo enseñando a los hombres a labrar la tierra—trabajo y universalidad—sin haber podido elevarse a rango de dios. Más grande, profundo y eterno es el mito de Hércules, cuyos trabajos y cuya psicología parecen una estupenda poetización de las inquietudes y destinos de la clase obrera contemporánea.

Hércules empieza por no ser dios; sólo héroe mortal. Al contrario que Cristo, que desciende de Dios a hombre—un caso de involución—; Hércules procura elevarse de hombre a dios, y hay un momento, sentado al pie del Etna, a donde ha ido a buscar reposo a sus trabajos, en que exclama, con humana grandeza: «Me parece que me vuelvo Dios». Así realiza el ideal de todo espíritu heroico, viril, el ideal del proletariado moderno, que no es hacer de este mundo un valle de lágrimas por haber venido a menos, de dios a hombre, sino evolucionar en sentido inverso, hasta que quede expresado en trabajos lo más numerosos y perfectos posible el dios que todo hombre lleva dentro.

Hércules es un vivo símbolo del trabajador manual de nuestros días. Sus trabajos no se diferencian, sustancialmente, de los trabajos que ha emprendido en el mundo entero la clase obrera, sencilla, justiciera y poderosa como Hércules. ¿No es singular que en las creaciones artísticas elaboradas en torno del obrero manual, éste haya sido concebido—Meunier es un ejemplo—en actitudes, tamaños y ademanes hercúleos? Sin darse cuenta quizás, el movimiento obrero actual busca su expresión poética en el mito de Hércules. Tienen de común la fuerza, tan enorme, que a veces destruye más de lo que se propone su voluntad. Se identifican en su anhelo de paz, y para lograrla, el proletariado se dispone a aniquilar, a imitación de Hércules, los monstruos internacionales, vorazmente ávidos de la sangre y el oro de

los pueblos, los monarcas, los capitanes, los ministros, los diplomáticos, los financieros, los periódicos. Coinciden en sus afanes de pureza, y también la clase obrera hará pasar algún río, de sangre si fuera preciso, por todos los establos de Augías públicos, como en Rusia; echará algún rey como pasto a sus propios caballos; y siguiendo la tradición herculina, tan ligada a la raza ibera, matará al Gerión de nuestra plutocracia y cogerá en el jardín de nuestras Hespérides las manzanas de oro del capitalismo.

Hércules encarna lo más esencial de las reivindicaciones obreras y también su espíritu de universalidad. Con razón se ha dicho que Ulises es el héroe nacionalista, sólo preocupado de sus islas, y Hércules, en cambio, el héroe que recorre todo el universo de la época, desde el Atlántico hasta el Cáucaso. Es un internacionalista. No es un esclavo de la naturaleza, de Ceres, como los dioses afeminados, que aconsejan la renuncia o la sumisión a ella, para salvar el alma, sino un dominador suyo, como lo quiere ser el proletariado, más imbuído de paganismo que de cristianismo.

A Hércules no le falta nunca la amistad de Minerva, la sabiduría, como a la clase obrera, que, a despecho de aparentes y pasajeros extravíos, es siempre, en resumen, ponderación, prudencia, buen sentido. Hércules es también amigo de Apolo, del sentido lírico, de la belleza, ¿y no concuerda con esto el movimiento obrero actual, refugio de todo idealismo y de todo ensueño humanista? Pero Hércules va unido, sobre todo, a Prometeo, la inteligencia práctica o, como diríamos hoy, el hombre técnico, encadenado, como en el mito, por voluntad de los dioses envidiosos y exactores, el héroe a quien liberta para ser él, a su vez, por virtud de su espíritu creador, más libre, como libertará el proletariado a los hombres creadores para nutrirse luego plenamente con sus obras, hoy forzadas y canijas.

El movimiento obrero contemporáneo no necesita de femeninas supersticiones orientales de dioses que se hacen hombres para encadenar mejor al hombre, sino de mitos fecundos en que el hombre se va haciendo dios, como Hércules. El progreso, decía Wilde, es una realización de utopías;

(1) Se publicó en el número 22, Vol. I del REPERTORIO.